

Critica de Libros

★ **RICHARD WRIGHT: OCHO HOMBRES.**
Buenos Aires, Sudamericana, 1962. (Trad.
de León Miralles).

Entre los modernos narradores americanos, Wright es, por definición insoslayable, el novelista de la vida del negro, el autor del alegato reivindicativo, y desde *Sangre negra* hasta *Escucha blanco*, a él parece haberle correspondido, en el consenso medio de sus lectores, una tarea más polémica y sociológica que literaria. Tal concepción ha tendido a separarlo de la escuela narrativa americana y ha hecho olvidar sus ciertas calidades de escritor. Este último libro de Wright parece tender a combatir esa parcialización injusta del juicio, porque aquí si bien los personajes son, los ocho, negros, la protesta social se expresa sólo en forma marginal y el centro de estos cuentos, algunos excelentes, es la vida y los problemas de "ocho hombres" a quienes les suceden cosas derivadas de su raza y de su situación social, pero también más a menudo otras que corresponden a los problemas de cualquier hombre, negro, blanco o amarillo, en determinadas circunstancias de sus vidas.

Es evidente que Wright ha buscado la variedad y que ha querido voluntariamente dar un panorama plural donde coexista la anécdota humorística (como "El buen hombrón negro" "Hombre para todo trabajo") con la sutilísima captación del alma adolescente en "El hombre que era casi un hombre" y con el manejo equilibrado y angustioso de la nota patética en "El hombre que vio la inundación", uno de los más cortos y también de los más fascinantes relatos del volumen. De este modo consigue que estos relatos autónomos compongan una totalidad de vida elaborada con sensibilidad perspicaz, con agilidad narrativa y verosimilitud original que prueban la madurez del escritor que está detrás de ellos, y su comprensión honda de la realidad.

En "El hombre que fue a Chicago", escrito en base a un conjunto de elementos autobiográficos, y donde se presenta al negro educado que asume lo doloroso de su situación, escribe Wright: "Nuestro Estados Unidos, *karto joren* y negro, lozano por ser solitario, agresivo porque tiene miedo, insiste en ver al mundo en términos de lo bueno y lo malo, lo santo y lo pecador, lo alto y lo bajo, lo blanco y lo negro; nuestro Estados Unidos está atemorizado por el hecho, por la historia, por los procesos, por la necesidad. Sigue el camino fácil de maldecir a los que no puede comprender, de excluir a los que tienen un



aspecto distinto, y salva su conciencia con su *manto de rectitud*". Este enfoque, nacido de la experiencia del racismo, está en la base de todos los cuentos de Wright, incluso cuando él quisiera contar simplemente los problemas de algunos seres humanos: la angustia en él la comprensión para el hombre sometido, para el humillado, para el vencido y también para el ser tortuoso, el que está interiormente enmarañado, aquel que no sabe qué le ocurre cuando sufre o cuando muere. Por eso, esta recorrida de personalidades comunes, de hombres de la calle, de peleas más que de negros, está marcada por una fuerza opresiva que aunque a veces no se precise en acciones claras, visiblemente rodea a los "ocho hombres" y pone acides incluso en aquellos temperamentos más juveniles.

Wright ha adquirido una lucidez dolorosa para adentrarse en las almas heridas, pero ya no recurre al análisis interior minucioso (que élude incluso en "El hombre que vivió bajo tierra") sino que adopta una línea de narración más desnuda, atenta al gesto exterior y al diálogo, y es a través de ellas que va dibujando los seres. No cae por ello en un seco objetivismo: en elección operosa de los asuntos y de los personajes, un temperatura cálida para acompañar en simpatía las vicisitudes, le confiere una tónica muy peculiar, suya, dentro de la literatura neoamericana, y le permite subyugar con más eficacia sus preocupaciones sociales sin deturbar la tersura de su tensión narrativa.